

llas, ni en cosa ninguna natural, ni su círculo es conforme al círculo del año, porque no contiene mas de 260 dias, los cuales acabados tornan al principio. Este artificio de contar, ó es arte de nigromántico, ó pacto ó fábrica del demonio." <sup>1</sup> No es fácil decir cuál supersticion era mayor, si la de los que inventaron este sistema, ó la de los que lo impugnaron así. Pero ciertamente no hay necesidad de recurrir á agentes sobrenaturales para explicar las razones en que se funda su origen, fácil de hallar en esa ambicion de mando, que ha sugerido á los sacerdotes de muchas religiones la invencion de misterios cuya llave estuviese exclusivamente en sus manos.

Por medio de este calendario arreglaban las fiestas y épocas de los sacrificios; hacian todos sus cálculos astrológicos, <sup>2</sup> y llevaban sus anales. La falsa ciencia de la astrología es propia de toda sociedad imperfectamente civilizada, en que el espíritu impaciente del exámen lento y cauto, único capaz de conducir á la verdad, se lanza en un golpe á las regiones de la especulacion, é intenta audazmente romper el duelo impenetrable que rodea los misterios, y apenas puedo lisonjearme de haberlo presentado claramente á mis lectores.

<sup>1</sup> Historia de Nueva España, lib. 4, introd.

<sup>2</sup> Dans les pays les plus différents, dice Benjamin Constat, al concluir algunas reflexiones sobre el origen del poder sacerdotal, chez les peuples de mœurs le plus opposées, le sacerdoce a de su culte des éléments et des astres, un pouvoir dont aujourd'hui nous concevons á peine l'idée. (De la religion, Paris, 1825, liv. 3, ch. 5.)

rios de la naturaleza. Uno de los caracteres de la verdadera ciencia, es reconocer y respetar los linderos que dividen el campo de la razon del de las especulaciones. Tal conocimiento viene tarde. ¿Por cuántos siglos ha agotado el hombre en las brillantes, pero estériles pretensiones de la alquimia y la astrología judiciaria, facultades que bien encaminadas le habrian revelado las grandes leyes de la naturaleza?

La astrología es el estudio favorito de las edades primitivas, de aquellas en que el espíritu, incapaz de comprender que esos millones de luminares que brillan con escasa luz en el firmamento, son el centro de sistemas planetarios tan magníficos como el del nuestro, se ve naturalmente inclinado á discurrir sobre sus usos mas probables, y á buscar conexiones entre ellos y el hombre, para cuyo provecho parecen criados todos los objetos del universo.

Cuando el hijo sencillo de la naturaleza contempla durante la larga noche, la marcha augusta de los cuerpos celestes, y los mira venir en tropel y desaparecer con las estaciones, es natural que suponga que las últimas están bajo la dependencia de los primeros, que entre unas y otros encuentren relaciones misteriosas, que busque las conexiones que hay entre la venida de los astros y los acontecimientos que coinciden con ella, y que no procure leer en aquellos caracteres de fuego el destino del niño

recien nacido,<sup>1</sup> Tal es el origen de la astrología, cuyo falso brillo ha deslumbrado y fascinado á los hombres desde el principio de las sociedades hasta estos últimos tiempos, en que lo ha ofuscado la verdadera luz de la ciencia.

El sistema astrológico de los aztecas, no se fundaba en la influencia de los astros cuanto en la de los signos arbitrarios que habian inventado para designar los meses y los dias. El signo dominante en el ciclo lunar de trece dias, ejercia su influencia en todos ellos, aunque modificado hasta cierto punto por el de cada dia, en especial y aun por el de cada hora. El grande arte del adivino consistia en combinar estas influencias contrarias. En ninguna parte, ni aun en el Egipto, se ha dado mayor ascenso á los ensueños de un astrólogo. Llamábase á la cupa del niño, luego que este nacía: se anotaba escrupulosamente el momento del nacimiento, y la familia permanecia suspensa y temblando, mientras el ministro del cielo estudiaba el horóscopo del niño y registraba el oscuro libro del Destino. El mexicano recibia la influencia sacerdotal con el primer aliento que respiraba.<sup>2</sup>

«Cuán grato y cuán querido pensamiento  
Soñar que en el inmenso firmamento,  
La guirnarla de amor esté formada  
Al exalar nuestro primer vagido,  
En vez de flores bellas,  
Con fulgidas estrellas.»

2 Gama nos ha dado un almanaque completo del año astrológi-

Poco nos ha quedado de la astronomía de los aztecas, pero es evidente por lo menos que conocian la causa de los eclipses, pues en algunas de sus pinturas se veia el disco de la luna proyectada sobre el sol.<sup>1</sup> Si agruparon las estrellas en constelaciones, es dudoso; pero que conocian algunas de las mas visibles como las Pléyadas, se infiere de que por ellas arreglaban sus festividades. De sus instrumentos astronómicos no conocemos mas que el cuadrante solar.<sup>2</sup> Una inmensa mole circular de piedra esculpida, desenterrada en 1790 de la plaza mayor de México, ha proporcionado á un sabio literato, Gama, los medios de establecer ciertos hechos interesantes

co, con sus signos y divisiones correspondientes que prueba cuán hábil y sábiamente acomodado estaba á sus diferentes usos. (Descripción, parte 1<sup>a</sup>, págs. 25, 31, 62, 76.) Sahagun ha consagrado un libro entero á explicar el valor y significacion de estos símbolos, haciéndolo con tal proligidad, que podria uno con su auxilio formar el horóscopo de uno mismo. (Historia de Nev. Esp. libro 4.) Es evidente que creia plenamente en los peligros mágicos de esos almanaques, cuando dice: «era un arte engañoso, pernicioso é idólatra, que jamas fué aprobado por la razon humana.» (Loc. cit.) El buen padre no era ciertamente filósofo.

1 Véase entre otros el códice Tell-Rem, parte 4<sup>a</sup>, lám. 22, en las antigüedades de México, vol. 1<sup>o</sup>.

2 Apenas puede dudarse, dice Lord Kingsborough, que los mexicanos poseian muchos instrumentos científicos de extraña invencion, comparados con los nuestros: es dudoso si el telescopio les era conocido; pero la lámina 13<sup>a</sup> de la parte 2<sup>a</sup> de los Monumentos de M. Dupaix, que representa á un hombre agarrando una cosa parecida á aquel instrumento, ofrece motivos de suponer que conocian los medios de aumentar el poder de la vision. (Antigüedad. de Méx., vol. VI., pág. 15, nota.) El instrumento á que aquí se alude, está toscamente esculpido en una piedra cónica: llega á la altura del cuello de la persona que lo tiene agarrado, y á mi entender se parece tanto

con respecto al estado que guardaba entre ellos esta ciencia.<sup>1</sup> Este fragmento colosal, en el cual se halla esculpido el calendario, prueba que tenían procedimientos científicos bastantes para conocer no solo la hora del día, sino la época de los solsticios y de los equinoccios, y el momento preciso del tránsito del sol por el zenit de México.<sup>2</sup>

No se puede contemplar sin asombro la desproporcion entre los adelantos en la ciencia astronómica y los demas ramos de la civilizacion. El conocimiento superficial de algunos de los mas sencillos principios de astronomía, está el alcance hasta del mas rudo salvaje; una poca de atencion basta para percibir la conexion que hay entre el cambio de las

á un telescopio como á un mosquete, y sin embargo, no me creeria autorizado por esto á suponer que el uso de las armas de fuego era conocido de los aztecas. (V. vol. IV, lám. 15.) El capitán Dupaix en su comentario á la lámina, parece tan imbuido en esa idea como el otro. (Ibid. vol. V. pág. 241.)

1 Gama, Loc. cit., parte 1ª, seccion 4ª, parte 2ª, apéndice.

Además de este fragmento colosal, encontró Gama otros destinados probablemente al mismo uso, en Chapultepec. Mas antes de que tuviese tiempo de examinarlos, se les hizo pedazos para que sirvieran á la construccion de un horno. ¡Lamentable suerte, no muy diferente de la que ha tocado á algunos de los monumentos de las artes en el antiguo mundo!

2 En su segundo tratado sobre la piedra cilíndrica, Gama ha procurado con extensas pruebas científicas, convencer á los incrédulos de que era un gnomon ó cuadrante solar vertical. (Loc. cito parte 2ª, Apéndice) El día civil lo dividían los mexicanos en diez y seis partes, y lo comenzaban como las mas naciones asiáticas, con la salida del Sol. Humboldt, que probablemente no conocia el tratado de Gama, supone á aquel dividido en ocho intervalos. (Vistas de las Cordilleras, pág. 127.)

estaciones y el de la posición del Sol al salir y al ponerse: fácil es seguir la marcha del gran lumínar por los cielos, observando las estrellas que brillan luego que despide en la tarde sus últimos rayos, y las que se apagan al despuntar los primeros: púedese medir la revolucion de la Luna, señalando sus fases y aun formarse una idea del número de revoluciones que cabe en un año solar; pero ser capaces de arreglar sus fiestas por el curso de los astros y fijar la verdadera duracion del año trópico con una exactitud desconocida de los mas célebres filósofos de la antigüedad, no puede menos de ser el fruto de una serie dilatada de exactas y prolijas observaciones, que supone adelantos no pequeños en la carrera de la civilizacion.<sup>1</sup> Pero ¿de dónde habia sacado el grosero habitante de aquellas regiones montañosas tan curiosos descubrimientos? No ciertamente de las hordas bárbaras que vagaban errantes por los yelos del Norte, ni de las razas meridionales en las cuales parece que no tuvieron contacto alguno. Aunque nos veamos como el grande astrónomo de nuestros días, impulsados á buscar la

1 "Un calendario, exclama el entusiasta Carli, que se arregla á las revoluciones anuales del Sol, no solo por la adición de cinco días cada año, sino por la correccion del bisiesto, debe sin duda considerarse como el resultado de un estudio reflexivo y de hábiles combinaciones. En estos pueblos es preciso suponer que hay una serie de observaciones astronómicas, ideas exactas sobre la esfera, la inclinacion de la eclíptica y el uso de un cálculo relativo á los días y horas de las apariciones solares." Cartas americanas, 1ª, carta 23.

solución de este problema, admitiendo la analogía del sistema en conjunto, con el de las sociedades asiáticas, siempre nos dejará perplejos la gran discrepancia en los pormenores; por manera que en muchos de estos no podremos menos de reconocer la originalidad de los aztecas.

Concluiré mis noticias sobre su astronomía, dando la descripción de la gran fiesta que celebraban al terminar el ciclo de cincuenta y dos años. En el capítulo anterior hemos hablado de la creencia en que vivían de que el mundo debía acabar en cuatro épocas subsecuentes; pero además esperaban firmemente otra catástrofe semejante que debía verificarse al fin de un ciclo, y en la cual el Sol debía desaparecer de los cielos, el género humano de la tierra y la oscuridad de los caos debía envolver todo el globo habitable.<sup>2</sup> El ciclo acababa á últimos de Diciembre, en que la triste aridez de la estación del invierno y la menor duración de la luz, les sujería melancólicos presagios de su próxima extinción; y sus temores iban creciendo gradualmente, hasta que

1 Laplace, que indica la analogía, es el primero en confesar las dificultades. Sistema del mundo, lib. 5, cap. 3.

2 M. Jomard se ha equivocado al afirmar que la época de la renovación del fuego con que acababa el ciclo, era casi en el solsticio de invierno. Si no se engaña Gama, se celebraba aquella ceremonia hasta el 26 de Diciembre. La causa de que M. Jomard haya caído en el error, está en que la anticipaba á los días complementarios. Véase su carta sobre el calendario azteca, en las "Vistas de las Cordilleras, pág. 309".

al llegar el último de los días *aciagos* con que se completaba el año, se abandonaban á todos los extremos de la desesperación. Hacían mil pedazos sus dioses domésticos ó penates, en quien ya no creían. Se apagaba el fuego sagrado en los templos, y á nadie se le permitía encender lumbre en su casa: los muebles y utensilios domésticos eran destruidos, las vestiduras desgarradas, y todo puesto en desorden, porque los espíritus malignos iban á venir á devastar la tierra.

En la noche del último día se encaminaba de la capital hácia unas altas montañas, que distan de ella dos leguas, una procesion de sacerdotes que conducian las vestiduras y ornamentos de los dioses: llevaban consigo una noble víctima, la flor de sus cautivos, y todos los instrumentos necesarios para encender el *nuevo fuego*, lo que si se conseguia, se tenía por un agüero propicio de la renovación del ciclo. Despues de llegar á la cumbre de la montaña, la procesion esperaba hasta la media noche: al llegar al zenit la constelacion de las pléyadas<sup>1</sup> encendian el *fuego nuevo* por la fricción de dos estacas

1 En el momento exacto de su culminacion, segun Sahagun (op. cit. lib. 4, apéndice) y Torquemada (op. cit., lib. 10, cap. 33, 36.) Pero esto no podia acontecer á la media noche en el mes de Noviembre en que fué la última fiesta secular, la cual bajo el reinado de Moctezuma, en 1507, fué ya mas temprano. (Gama, loco citato, parte 1ª, pág. 50, nota.) Humboldt, Vistas de las Cordilleras, páginas 181, y 182. Mientras mas se retarde el principio del nuevo ciclo, mayor debe ser la discrepancia.

colocadas sobre el herido pecho de la víctima.<sup>1</sup> La llama era comunicada al punto á una hoguera fúnebre, adónde era arrojado el cuerpo del destrozado cautivo. En cuanto se alzaban al cielo las llamaredas, arrojaba gritos y exclamaciones de gozo y de triunfo la innumerable multitud que cubria las colinas, las cumbres de los templos y los techos de las casas, y que ni un instante apartaba la vista del monte del sacrificio. A todas las partes del imperio se despachaban correos con hachas encendidas en señal de aviso, y el elemento querido se veia brillar en los altares y en los hogares domésticos muchas leguas en contorno, mucho antes que el Sol levantándose con su acostumbrada majestad, viniese á dar seguras pruebas de que habia comenzado á correr un nuevo ciclo y de que no se habían trastornado para los aztecas las leyes de la naturaleza.

Los trece dias siguientes estaban consagrados á los regocijos públicos: las casas eran aseadas y blanqueadas: los vasos rotos se reponian con otros nuevos: el pueblo vestido de gala y con coronas y sartas de flores se agolpaba á los templos en alegres pro-

<sup>1</sup> "Sobre el desnudo pecho de la víctima,  
 Seca espadaña y oloroso cedro  
 Y mil gomas suaves y fragantes  
 Pronto recibirán el fuego sacro,  
 Y en las aras sagradas  
 Del nuevo Sol proclamarán la vuelta."  
 [Southey 1, Madoc, parte 2ª cant. 26.]

cesiones, para ofrecer oblacones y tributar accion de gracias á los dioses: habia instituidos bailes y juegos emblemáticos de la regeneracion del mundo. Era el carnaval de los aztecas, ó mejor todavía, el jubileo nacional, la gran fiesta secular de los romanos y etruscos, aquella fiesta de que decia Suetonio, que "pocos vivientes la habian visto, y pocos vivientes volverian á verla."<sup>1</sup>

M. de Humboldt decia hace tres años que "seria de desear que algun gobierno publicase á sus expensas las reliquias que aun quedan de la antigua civilizacion americana, porque solo comparando muchos monumentos se podria llegar á encontrar la llave de esas alegorías en parte astronómicas y en parte místicas." Este sabio deseo ha sido realizado, no por gobierno alguno sino por un individuo privado, Lord

<sup>1</sup> He copiado las palabras del edicto en que se llamaba al pueblo á los *ludi seculares*, los juegos seculares de la antigua Roma, de los que dice Suetonio, (Vita Tib. Claudii, lib. 5.) *quos nec spectasset quisquam, nec expectaturus esset*. Los antiguos cronistas mexicanos muestran cierta especie de elocuencia al describir las fiestas de los antiguos aztecas. (Torquemada, op. cit. lib. 10, cap. 33. Toribio, historia de los indios, M. S., parte 1ª, cap. 5. Sahagun, op. cit. lib. 3, cap. 9, 12. Véase tambien á Gama, op. cit. parte 1ª, págs. 52, 54. Clavijero, op. cit. tomo 2º, págs. 84, 86.) El lector inglés encontrará una pintura mas animada de aquellas escenas en el canto ya citado de Madoc.

Kingsborough, La grande obra publicada bajo sus auspicios y tantas veces citada en esta introduccion, apareció en Lóndres en 1830. Cuando esté completa comprenderá nueve volúmenes, de los que ya han salido siete. Los que no los hayan visto podrán formarse una idea de la magnificencia de la obra, con solo saber que recién publicados costaba el ejemplar en Lóndres 175 libras esterlinas con láminas iluminadas, y 150 con láminas en negro, bien que posteriormente ha bajado mucho su precio. El objeto de la obra es reproducir todos los manuscritos aztecas que han llegado hasta nosotros, y las pocas interpretaciones que existen, los bellos grabados de Castañeda relativos á la América Central con los comentarios de Dupaix; publicar la historia inédita del padre Sahagun, y finalmente, (y no es esto lo de menos) las copiosas notas del dueño y editor de la obra.

Nunca se ponderará lo bastante la ejecucion material, su espléndida tipografía, la exactitud y finura de los grabados, y la suntuosidad de todos los materiales. Sin embargo, bien pudo el editor haberse ahorrado de muchos gastos supérfluos, y el lector de molestias inútiles, si las láminas hubiesen sido de un tamaño mas reducido; pero no es raro en obras calcadas sobre un plan tan magnífico, ver sacrificada hasta cierto punto la utilidad ó la ostentacion.

La coleccion de los manuscritos aztecas, aunque

no completa, basta para acreditar la diligencia y laboriosidad del compilador, á pesar de que causa extrañeza que ni un solo documento haya sido sacado de España. Pedro Mártir habla de algunos que fueron mandados á España en su tiempo. (De Insulis nuper inventis, pág. 368.) El marqués Spinetto examinó uno en el Escorial, que era el código de Mendoza, y tal vez el original, porque el de Oxford no es sino copia. (Lecciones, lec. 7.) Mr. Waddilove, capellan de la embajada británica en España, dió al Dr. Robertson noticia de uno que vió en la misma librería, y que él consideraba ser un calendario azteca; además de que casi es imposible que los numerosos viajeros que iban al nuevo mundo no enviasen á la madre patria algunas muestras interesantes de la civilizacion de aquellos países. No es ya de temerse que el ilustrado gobierno actual continúe ocultando esos tesoros al exámen de los literatos.

No es muy de alabar la disposicion de los códices. En algunos de ellos, como por ejemplo el de Mendoza, las láminas no están numeradas; así que, quien quisiera estudiarlo por medio de la interpretacion correspondiente, se encontraria perdido en aquel laberinto de geroglíficos, sin guía que lo condujese. Sobre el valor positivo y autenticidad de los documentos, ó cuando menos su historia, no se dan mas noticias que una estéril referencia de la librería particular de donde se han sacado; si bien es cierto que

en estas materias poco se puede decir, porque poco se sabe. Pero otras partes de la obra sí se pueden tachar justamente de faltas de método. Por ejemplo, al libro 6º de la historia del padre Sahagun, se le ha sacado de su lugar natural, y se le ha llevado del cuerpo de la historia de que es parte, al volumen anterior. La gran hipótesis que es el objeto de la obra, se explana en una barahunda de notas incoñexas con el texto, y tan disímbolas como los cuentos de la reina Scheherezada en las Noches arábicas, aunque no tan entretenidas como ellas.

La mira adonde se dirigen las especulaciones de Lord Kingsborough, es probar la colonizacion de México por los israelitas: á esto se dirigen todos los tiros de su ingenio y de su saber. A este fin se desenmarañan geroglíficos, se comparan manuscritos, se dibujan monumentos. Esta teoría, cualquiera que sea su mérito real, nunca será popular, porque en vez de presentarla en una forma clara, sencilla, fácilmente comprensible, está explanada en infinito número de notas, salpicadas abundantemente de citas en lenguas extranjeras, así antiguas como modernas; por manera que el lector despues de fluctuar en un océano de fragmentos, sin luz ni guía, se siente como el diablo de Milton cuando queria abrirse paso para el caos: Sin hallar junto á sí, ni mar ni tierra Do naufragar, ó en que viajar seguro.

Pero sería una injusticia negar que el autor, si no siempre convence, siempre muestra sagacidad en descubrir analogías, da pruebas de que conoce perfectamente su asunto, y ostenta una erudicion sólida, aunque á veces cansada, que cualesquiera que sean los defectos de la coleccion, esta es bastante rica en documentos inéditos, sobre no solo la historia azteca, sino aun pudiera decirse que sobre la de toda la América; y finalmente, que ejecutando esa obra dispendiosa que ningun gobierno habria querido y pocos individuos habrian podido emprender, el autor se ha hecho digno de la estimacion y gratitud de todos los amigos de las ciencias.

Otro escritor que debe consultar el que quisiere estudiar las antigüedades mexicanas, es D. Antonio Gama. Su vida encierra algunos de esos incidentes tan frecuentes en la de los literatos. Nació en México en 1735, de una familia respetable, y se le inclinó á las leyes. Bien pronto conoció él que en la carrera de las matemáticas podía hacer progresos, y se dedicó á ellas especialmente. En 1771 comunicó sus observaciones sobre el eclipse de ese año, al astrónomo frances Lalande, quien las publicó en Paris, haciendo grandes alabanzas del autor. La reputacion sin cesar creciente de Gama, llamó la atencion del gobierno que le ocupó en varias comisiones científicas. Su pasion favorita era en medio de todo esto, el estudio de las antigüedades indias; así es que

